



DURA 1 (2019)

Revista de literatura criminal hispana

Las palabras y la violencia

Martín Solares
Autor, México

Una de las primeras señales de que la violencia ha llegado a una ciudad es que cambian las palabras. Cambia el vocabulario de las personas que te rodean. Cambian las palabras que usamos todos los días y son reemplazadas por pequeñas expresiones poderosas, capaces de alterar el estado de ánimo de aquellos que las escuchan: palabras que antes se reservaban para las escenas de acción en las películas o en las novelas, y ahora aparecen de pronto, en el centro de una conversación cotidiana. Verdaderas montañas de emoción surgen a mitad de una frase escuchada por azar, sea en la calle o la mesa contigua, sea en labios de la persona delante de ti. Crees que no has oído bien y de golpe reaparece aquella expresión, pronunciada con espeluznante nitidez. Surge en su calidad de iceberg enorme, mucho más alto que el resto de lo conversado, y su aspecto es tan impresionante que cambia la temperatura de la habitación. Quedas aterido. No lo puedes creer. Palabras como secuestro o extorsión llegaron flotando a la ciudad que compartes con tus vecinos y han cambiado tu realidad.

Si son necesarias para contar con sencillez lo que ocurrió, lo que está ocurriendo o podría volver a ocurrir, las palabras nunca llegan solas. Funcionan como una constelación, donde una palabra de gran tamaño atrae a otras más pequeñas que giran a su alrededor.

Junto a la palabra *balazo* está su terrible séquito: las palabras *casquillo*, *explosión* y *pólvora*; *miedo*, *espanto* y *estrés*. Detrás de la palabra *maleante*, tenemos *banda*, *crimen*, *organización*, y tres palabras que siempre parecen ir juntas: *víctimas*, *heridos*, *gravedad*. Junto a las palabras *robo*, *secuestro* o *extorsión* están *intimidación*, *amenaza*, *terror*. La palabra *desaparecido* invoca términos como *rescate*, *búsqueda*, *angustia*, *desesperación*, pero también *dinero*, *policías*, *complicidad*. Cada rama del árbol crea su propia hojarasca.

Las palabras y la violencia ~ Solares

Esas nuevas palabras pronto descubren que son insuficientes y necesitan brazos, piernas, manos, para mejor explicarse, y atraen a los adjetivos. Nos vemos obligados a indicar que se trató de un *secuestro exprés, de un asesinato masivo, una fosa clandestina, de un vehículo robado, de un rostro encubierto, o bien de una pérdida dolorosa, una denuncia inútil, de la indiferencia policiaca, la impotencia ciudadana.*

Y porque lo visible conduce a lo invisible, ese grupo de nuevos vocablos enseguida retratará, sin mencionarla, a una palabra más grande y compleja, que bautiza de modo nebuloso la situación. Palabras que cuando son remotas no provocan gran cosa pero cuando se vuelven próximas, realmente próximas, nos erizan la piel: *complicidad e impunidad.*

Algunos descubrirán estas palabras por la vía del horror y se preguntarán por qué nadie hablaba antes de todo eso. Por qué nadie mencionaba las palabras oscuras. Pero estas ya han crecido y su sombra puede advertirse por toda la ciudad.

Si vas a una escuela primaria en una de estas ciudades y preguntas a los niños cuáles son las palabras que escuchan con más frecuencia a lo largo del día comprobarás que al principio los niños no quieren hablar, pero pronto uno de ellos dirá: *Balazo*. El resto lo seguirá en tropel, revelando su nuevo vocabulario: *bala, casquillo, explosión, balacera, escopeta, disparo, ráfaga, tiroteo, tiroaislado, humareda, granadazo, rafagazo, tracatrac*. Si haces lo mismo con los alumnos de secundaria o preparatoria, las respuestas tardarán mucho más en llegar, pero serán palabras más abstractas, cargadas de sentimientos y emoción: *rejas, encierro, prohibiciones, doblellave, tristeza, añoranza, frustración, depresión, suicidio, evasión.*

La siguiente etapa por lo general nace en las instituciones que gobiernan y consiste en tratar de embellecer a las palabras anteriores. Cuando aparecen los eufemismos de la violencia estamos llegando a un mayor grado de sofisticación y ceguera. En México se usa el término "levantón", que aspira a ser simpático y casi inocuo, para no denunciar la brutalidad de un "secuestro". Los periodistas reciben "un aviso" o un "estate quieto" cuando se les intimida a punta de pistola. Y cuando los policías o el ejército matan a alguien, culpable o no, delincuente reconocido o víctima inocente y colateral de un enfrentamiento armado, se dice que el muerto fue "abatido" por las autoridades, como si talaran un árbol. Y la gente termina por usar estas expresiones, que son también culpables, en la medida en que pretenden disimular el horror. El lenguaje

oficial no informa que solucionó los problemas, ocupado como está en maquillar a un moribundo.

Para que las nuevas palabras ocupen un lugar central es necesario que desaparezcan otras: aquellas que representan el polo opuesto de la situación. Como si hubiese leyes secretas que les impidieran manifestarse al mismo tiempo, en el mismo lugar, como si alguien ordenara que al pronunciar la palabra *impunidad*, la palabra *justicia* desapareciera del horizonte. Entonces uno toma conciencia de cuánto importan las palabras, por más abstractas que sean.

El siguiente nivel consiste en que cuando cambian las palabras, cambian las historias que contamos. De pronto nadie se queja de los problemas de tráfico ni del cambio climático. Todos hablan de lo que le sucedió a un desconocido en la periferia de la ciudad. Pero las historias de la violencia no se contentan con instalarse en el punto más remoto del paisaje. Estas historias avanzan y se dirigen a las zonas residenciales más exclusivas e incluso al centro de la ciudad. Al principio la gente narra lo que le sucedió al remoto amigo de un amigo, en una zona lejana del entorno, que no solemos visitar. Luego, lo que le ocurrió a un conocido comerciante, periodista o servidor público, que todo el tiempo viaja de aquí para allá. De pronto, y con una cantidad de detalles que nadie podría inventar, lo que le pasó al colega, al servidor público, al deportista, o peor aún, al amigo cercano, al pariente, al vecino o a otra persona que no se encuentra en la periferia, sino en el centro de nuestro aprecio y amistad.

Para entonces las historias y las palabras de la violencia surgen en cascada, en todos los puntos de la ciudad. Todos nuestros conocidos se han vuelto narradores de un tipo particular de relato que no requiere de ninguna elaboración, uno que necesita compartirse cuanto antes, y lo hacemos indignados o temblando, asustados o furiosos: relatos que no tienen ni podrían tolerar una pizca de literatura o ficción. Cuando las nuevas palabras han llegado, aunque nadie quiera creerlo, empiezan por contarse con la última persona gramatical: él o ustedes, los que están a lo lejos, y terminan por contarse en primera persona del singular o plural: yo y nosotros, tú y yo, los que estamos aquí.

La siguiente etapa en la vida de las palabras violentas es la más elaborada. Cuando las historias de levantones y avisos se encuentran por doquier, hay quienes exigen silencio, y buscan imponer una etiqueta de las historias que pueden contarse o no en el espacio público: Es de mala educación contar historias de horror en la mesa, Estamos en un

restaurante, ¿puedes ir a contar eso a otro lugar?, Venimos a festejar, no a dar terapia, ¿Por qué tenemos que escuchar eso todos los días?, y como dicen los periodistas cuando se reúnen a contarse las novedades: Sólo una historia de horror por persona, por favor.

Hay dos partes interesadas en que esas palabras no se mencionen y esas historias no se cuenten. Está el gobierno local o nacional, por supuesto, que ha llegado a perseguir legalmente a periodistas y tuiteros que denuncian las balaceras continuas que hacen imposible el tránsito en una avenida, como hizo el gobernador Javier Duarte, de Veracruz, ahora perseguido por complicidad con los grupos criminales; o los gobiernos de Felipe Calderón y Peña Nieto, que sugirieron no hablar de la violencia para no perjudicar la imagen del país ante los turistas. Pero también están los diversos grupos criminales, que no desean atraer al ejército o a la opinión internacional sobre sus actividades empresariales. Las razones de ambos grupos son intercambiables: En esta administración estamos trabajando para hacer de esta una gran ciudad; No enturbie nuestros esfuerzos contando historias que le sucedieron a personas que sin duda se lo buscaron; Trabajemos juntos por hacer de este un país acorde a los tiempos que vivimos.

En México, hemos dejado que el árbol de la violencia crezca porque muchos se enriquecen con él. En la nueva forma del capitalismo que se vive en América, el hombre ya no es el lobo del hombre, sino el chacal de sus semejantes. Si alguien es asesinado mientras ellos se enriquecen, es problema de las víctimas, no de los beneficiarios ni de sus socios criminales. Entre los nuevos comerciantes respetables, nadie quiere saber de dónde viene el dinero; es válido hablar de beneficios pero no de escrúpulos. Y esa falta total de compasión por el otro determina el nuevo rostro del capitalismo. Vivimos bajo el árbol de la violencia: bajo la sombra espesa de la palabra *impunidad*.

En los años ochenta y noventa, si uno quería conocer el rostro de la violencia en América debía mirar a Centroamérica, a los cuentos de Rodrigo Rey Rosa en Guatemala, o a las novelas de Horacio Castellanos Moya, entre Honduras y El Salvador; había que mirar a Colombia, a las novelas de Óscar Collazos, Héctor Abad Faciolince e incluso a la *Noticia de un secuestro*, de Gabriel García Márquez. Había que mirar más allá y preguntarnos cómo era posible que los habitantes de todo un país o una enorme región vivieran debajo de la tormenta durante tantos años. Hasta que la violencia nos alcanzó también a los mexicanos.

Las palabras y la violencia ~ Solares

En el caso de mi país, durante décadas la violencia parecía exclusiva de la época de la revolución mexicana, y había que leer a Nellie Campobello, Mariano Azuela, Rafael F. Muñoz o Martín Luis Guzmán para saber qué ocurrió. Pero a mediados de los noventa las palabras de la violencia ya habían enraizado y uno podía encontrarlas en los extraordinarios cuentos de Eduardo Antonio Parra, en las novelas de Juan José Rodríguez, de Luis Humberto Crosthwaite, de Víctor Hugo Rascón Banda y de Leonardo da Jandra. Cuando apareció la primera novela de Élmer Mendoza se vivió una verdadera conmoción en el mundo editorial mexicano. Al preguntarse por el nexo que existe entre narcotraficantes y políticos en algunas ciudades del Pacífico, *Un asesino solitario* atrajo la atención de decenas de lectores y reseñistas, los cuales constataban que para contar la realidad criminal a veces la vía más eficaz es una novela policiaca, escrita con calidad literaria. Para principios del siglo XXI los habitantes de casi cualquier ciudad mexicana y de casi cualquier clase social y los practicantes de casi cualquier género literario se vieron obligados a escribir sobre esas extrañas palabras que crecían con preocupante facilidad. Pronto las vimos lo mismo en el cuento que en la novela, en la poesía que en la ciencia ficción y en la obra de autores como Yuri Herrera, Alberto Chimal, Carlos Velázquez, Augusto Cruz, Julián Herbert, Liliana Blum, Fernanda Melchor, Iris García-Cuevas e incluso Daniel Sada.

La obra reciente de Cormac McCarthy es un gran ejemplo de este tipo de relatos, en los que más que adornar un jardín con palabras hermosas, un narrador decide mostrarnos cómo sería el mundo si dejamos de utilizar en nuestras historias la palabra *justicia*, la palabra *piedad*. La visión que resulta es devastadora.

Ahora que el árbol de la violencia ha crecido con tanta rapidez y no parece dejar de expandirse por nuestras ciudades, cabe preguntarse si la gente dejará de contar estas historias para obedecer las nuevas reglas de cortesía o de política, cuántas instituciones dejarán de registrarlas; si viviremos en un país donde los culpables poco a poco lograrán convertirse en miembros respetables de la sociedad. Cabe preguntarse si veremos cómo el nuevo gobierno absuelve de sus pecados a esos criminales y les permite ser otro eslabón en la cadena del dinero; si olvidará sus promesas de campaña del pasado y preferirá hacer nuevas promesas que sólo miran al futuro, si instaurará una política de olvido y silencio ante los efectos de la violencia extrema y el horror de las víctimas; y qué haremos los

Las palabras y la violencia ~ Solares

mexicanos: si nos convirtiremos en seres disminuidos y olvidadizos, que viven bajo la sombra de la palabra *impunidad*.

Porque eso es lo que sucede cuando desaparece una palabra. Si dejamos de emplear una sola de ellas perdemos algo más que una bella expresión sonora, creada para describir la realidad. Luego de vivir en este México durante los últimos años, he visto que pueden escribirse muchas novelas policiacas sobre el tema, que algunas de ellas nos ayudan a entender la violencia, pero puedo asegurarles que nadie quiere vivir en un mundo así.